

GRAN SUPER FICCIÓN

ISAAC ASIMOV

LOS ROBOTS



Todos los relatos de robots escritos por Asimov.

Reunidos por primera vez todos los relatos de robots escritos por Isaac Asimov, incluyendo algunos jamás publicados en forma de libro.

31 relatos que forman una monumental obra de lectura obligada para todos los amantes de la ciencia ficción.

El mejor amigo de un muchacho.

Sally.

Algún día.

Punto de vista.

¡Piensa!

Auténtico amor.

Robot AL-76 extraviado.

Victoria inintencionada.

Un extraño en el paraíso.

Parodia rimada (Unos versitos sin importancia).

Segregacionista.

Robbie.

Unámonos.

Imagen en un espejo.

El incidente del tricentenario.

Primera ley.

Círculo vicioso.

Razón.

Atrapa esa liebre.

¡Embustero!

Satisfacción garantizada.

Lenny.

Esclavo en galeras.

El robot perdido.

Riesgo.

¡Fuga!

Evidencia.

El conflicto evitable.

Intuición femenina.

Qué es el Hombre.

El hombre del bicentenario.

Introducción

Cuando me faltaba poco para cumplir los veinte años y era ya un endurecido lector de ciencia ficción, llevaba leídas muchas historias de robots, y había descubierto que podían calificarse en dos categorías.

En la primera categoría estaban los Robots-como-Amenaza. No tengo que explicar demasiado esto. Tales historias eran una mezcla de «clanc-clanc» y «aarghh» y «Hay algunas cosas que se supone que el hombre no debe conocer». Al cabo de un tiempo empezaron a palidecer a mis ojos, y ya no pude seguir soportándolas.

En la segunda categoría (mucho más pequeña) estaban los Robots-como-Pathos. En tales historias los robots eran encantadores y normalmente se veían sometidos a crueles seres humanos. Me encantaban. A finales de 1938 dos de tales historias me impresionaron de una forma particular. Una era un relato corto de Eando Binder titulado *Yo, robot*, acerca de un santo robot llamado Adam Link; otra era una historia de Lester del Rey, titulada *Helen O'Loy*, que me emocionó con su retrato de un robot que era tan leal como debería serlo una esposa.

Sin embargo, cuando, el 10 de junio de 1939 (sí, mantengo un archivo meticuloso), me senté a escribir mi primera historia de robots, no pensé ni por un momento en escribir una historia de Robots-como-Pathos. Escribí *Robbie*, acerca de un robot nurse y una niña y un poco de amor y una madre llena de prejuicios y un padre débil y un corazón roto y una reunión en medio de lágrimas. (Originalmente

apareció bajo el título —que siempre he odiado— de *Extraño compañero de juegos*).

Pero algo curioso ocurrió mientras escribía esa primera historia. Conseguí obtener una visión de un robot que no era ni Amenaza ni Pathos. Empecé a pensar en los robots como en productos industriales construidos por auténticos ingenieros. Construidos con dispositivos de seguridad de modo que no pudieran convertirse en Amenazas, y diseñados para realizar ciertos trabajos para los cuales no era necesario el Pathos.

A medida que seguía escribiendo historias de robots, esta noción de robots industriales cuidadosamente diseñados por ingenieros fue permeando más y más mis relatos, hasta que la característica misma de las historias de robots en los relatos serios de ciencia ficción fue cambiando... no tan sólo en mis propias historias, sino en las de casi todo el mundo.

Eso me hizo sentirme orgulloso y durante muchos años, incluso décadas, no tuve ningún reparo en admitir que yo era «el padre de las modernas historias de robots».

A medida que iba pasando el tiempo, fui haciendo otros descubrimientos que me encantaron. Descubrí, por ejemplo, que cuando utilizaba la palabra «rebotica» para describir el estudio de los robots, no estaba utilizando una palabra que existía ya, sino que había inventado una palabra que nunca antes había sido usada. (Eso ocurrió en mi historia *Círculo vicioso*, publicada en 1942).

La palabra se ha convertido ahora en algo de uso general. Hay revistas y libros con la palabra en su título, y generalmente es admitido en el campo que yo inventé el término. No crean que no me siento orgulloso de ello. No hay mucha gente que haya acuñado un término científico útil, y aunque yo lo hice de forma inconsciente, no tengo ninguna intención de dejar que nadie en el mundo lo olvide.

Lo que es más, en *Círculo vicioso* listé por primera vez mis «Tres Leyes de la Robótica» con un detalle específico, y

ésas también se hicieron famosas. Al menos, son citadas por todas partes, en todo tipo de lugares que no tienen nada que ver directamente con la ciencia ficción, incluso en referencias de índole general. Y la gente que trabaja en el campo de la inteligencia artificial se toma a veces la molestia de decirme que creen que las Tres Leyes serán una buena guía en el futuro.

Podemos ir incluso más allá de eso...

Cuando escribí mis historias de robots no creía que los robots llegaran a existir realmente en el transcurso de mi vida. De hecho, estaba seguro de que eso era imposible, y hubiera apostado enormes sumas al respecto. (Al menos, hubiera apostado 15 centavos, que es mi límite de apuestas cuando estoy completamente seguro de algo).

Y sin embargo aquí estoy yo, cuarenta y tres años después de que escribiera mi primera historia de robots, y tenemos robots. Por supuesto que los tenemos. Lo que es más, son en un cierto sentido lo que yo imaginé... robots industriales, creados por ingenieros para realizar trabajos específicos y con dispositivos de seguridad incluidos en ellos. Pueden descubrirse en numerosas fábricas, principalmente en el Japón, donde existen fábricas de automóviles que se hallan enteramente robotizadas. La cadena de montaje en tales lugares es «comandada» por robots en cada una de sus fases.

Naturalmente, esos robots no son tan inteligentes como los míos..., no son positrónicos; ni siquiera son humanoides. Sin embargo, están evolucionando rápidamente, y haciéndose por momentos más capaces y versátiles. ¿Quién sabe en qué van a convertirse dentro de otros cuarenta años?

De una cosa sí podemos estar seguros. Los robots están cambiando el mundo y conduciéndolo hacia direcciones que no podemos prever claramente.

¿De dónde proceden esos robots reales? La más importante fuente de ellos es una firma llamada Unimation Inc.,

de Danbury, Connecticut. Es el fabricante líder de robots industriales, y es el responsable quizá de una tercera parte de todos los robots instalados hasta el presente. El presidente de la firma es Joseph F. Engelberger, que la fundó a finales de los años cincuenta porque estaba tan interesado en los robots que decidió dedicar toda su vida a su producción.

Pero ¿cómo demonios llegó a interesarse tanto por los robots en un estadio tan prematuro? Según sus propias palabras, se interesó enormemente por los robots a lo largo de los años cuarenta, cuando estaba persiguiendo su graduación en física en la universidad de Columbia, leyendo las historias de robots de su compañero de universidad Isaac Asimov.

¡Dios mío!

¿Saben?, no escribí ninguna de mis historias de robots con esta ambición en aquellos lejanos, lejanos días. Todo lo que deseaba por aquel entonces era venderlas a las revistas a fin de ganar unos cuantos cientos de dólares que me ayudaran a pagar mis cuotas universitarias..., y por supuesto para ver mi nombre reproducido en letra de imprenta.

Si hubiera escrito en cualquier otro campo de la literatura, eso es todo lo que hubiera conseguido. Pero puesto que estaba escribiendo ciencia ficción, y solamente porque estaba escribiendo ciencia ficción, yo —sin saberlo exactamente— estaba iniciando una cadena de acontecimientos que están cambiando el aspecto del mundo.

Incidentalmente, Joseph F. Engelberger publicó en 1980 un libro titulado *Prácticas robóticas: aplicación y comercialización de los robots industriales* (Asociaciones Comerciales Americanas), y fue lo bastante amable como para pedirme que yo le escribiera el prólogo.

Todo eso condujo a que mis benevolentes editores pensaran que...

Mis numerosas historias de robots han aparecido en no menos de siete recopilaciones de relatos míos. ¿Por qué

deberían ser desgajadas de ellas? Ellos mismos me dieron la razón: puesto que han adquirido una importancia mucho mayor de la que nadie hubiera llegado a imaginar (y yo el primero) en el momento en que fueron escritas, ¿acaso no merecen el ser reunidas todas ellas en un solo libro?

No resultó muy difícil convencerme, de modo que ahí están, reunidas por primera vez, mis treinta y una historias sobre robots, totalizando más de 200.000 palabras, y escritas a lo largo de un período de tiempo que abarca desde 1939 hasta 1977.

Algunos robots no humanos

No voy a ordenar las historias de robots en el orden en que fueron escritas. En vez de ello, voy a agruparlas según la naturaleza de su contenido. En esta primera división, por ejemplo, trato de robots que no poseen forma humana..., un perro, un automóvil, una caja. ¿Por qué no? Los robots industriales que se han convertido en realidad no poseen apariencia humana.

La primera historia de todas las recopiladas aquí, *El mejor amigo de un muchacho*, no pertenece a ninguna de mis primeras recopilaciones. Fue escrita el 10 de septiembre de 1974, y puede que encuentren ustedes en ella un eco distante de *Robbie*, escrita treinta y cinco años antes, y que aparece más tarde en este mismo volumen. No piensen que no soy consciente de ello.

Incidentalmente, observarán ustedes que en esas tres historias el concepto del Robot-como-Pathos se halla claramente marcado. Puede que observen también, sin embargo, que en *Sally* no parece haber el menor indicio de las Tres Leyes, y que hay más que una alusión al Robot-como-Amenaza. Bien, si en su momento decidí hacerlo así, supongo que estaba en mi derecho. ¿Quién hay por ahí para impedírmelo?

El mejor amigo de un muchacho

—Querida, ¿dónde está Jimmy? —preguntó el señor Anderson.

—Afuera, en el cráter —dijo la señora Anderson—. No te preocupes por él. Está con Robutt... ¿Ha llegado ya?

—Sí. Está pasando las pruebas en la estación de cohetes. Te juro que me ha costado mucho contenerme y no ir a verlo. No he visto ninguno desde que abandoné la Tierra hace ya quince años..., dejando aparte los de las películas, claro.

—Jimmy nunca ha visto ninguno —dijo la señora Anderson.

—Porque nació en la Luna y no puede visitar la Tierra. Por eso hice traer uno aquí. Creo que es el primero que viene a la Luna.

—Sí, su precio lo demuestra —dijo la señora Anderson lanzando un suave suspiro.

—Mantener a Robutt tampoco resulta barato, querida —dijo el señor Anderson.

Jimmy estaba en el cráter, tal y como había dicho su madre. En la Tierra le habrían considerado delgado, pero estaba bastante alto para sus diez años de edad. Sus brazos y sus piernas eran largos y ágiles. El traje espacial que llevaba hacía que pareciese más robusto y pesado, pero Jimmy sabía arreglárselas en la débil gravedad lunar como ningún terrestre podría hacerlo nunca. Cuando Jimmy tensaba las piernas y daba su salto de canguro su padre siempre acababa quedándose atrás.

El lado exterior del cráter iba bajando en dirección sur y la Tierra —que se hallaba bastante baja en el cielo meridional, el lugar donde estaba siempre vista desde Ciudad Lunar—, ya casi había entrado en la fase de llena, por lo que toda la ladera del cráter quedaba bañada por su claridad.

La pendiente no era muy empinada, y ni tan siquiera el peso del traje espacial podía impedir que Jimmy se moviera con gráciles saltos que le hacían flotar y creaban la impresión de que no había ninguna gravedad contra la que luchar.

—¡Vamos, Robutt! —gritó Jimmy.

Robutt le oyó a través de la radio, ladró y echó a correr detrás de él.

Jimmy era un experto, pero ni tan siquiera él podía competir con las cuatro patas y los tendones de Robutt, que además no necesitaba traje espacial. Robutt saltó por encima de la cabeza de Jimmy, dio una voltereta y terminó posándose casi debajo de sus pies.

—No hagas tonterías, Robutt, y quédate allí donde pueda verte —le ordenó Jimmy.

Robutt volvió a ladrar, ahora con el ladrido especial que significaba «Sí».

—No confío en ti, tunante —exclamó Jimmy.

Dio un último salto que lo llevó por encima del curvado borde superior de la pared del cráter y le hizo descender hacia la ladera inferior.

La Tierra se hundió detrás del borde de la pared del cráter, y la oscuridad cegadora y amistosa que eliminaba toda diferencia entre el suelo y el espacio envolvió a Jimmy. La única claridad visible era la emitida por las estrellas.

En realidad Jimmy no tenía permitido jugar en el lado oscuro de la pared del cráter. Los adultos decían que era peligroso, pero lo decían porque nunca habían estado allí. El suelo era liso y crujiente, y Jimmy conocía la situación exacta de cada una de las escasas piedras que había en él.

Y, además, ¿qué podía haber de peligroso en correr a través de la oscuridad cuando la silueta resplandeciente de Robutt le acompañaba ladrando y saltando a su alrededor? El radar de Robutt podía decirle dónde estaba y dónde estaba Jimmy aunque no hubiera luz.

Mientras Robutt estuviera con él para advertirle cuando se acercaba demasiado a una roca, saltar sobre él demostrándole lo mucho que le quería o gemir en voz baja y asustada cuando Jimmy se ocultaba detrás de una roca aunque Robutt supiera todo el rato dónde estaba Jimmy jamás podría sufrir ningún daño. En una ocasión Jimmy se acostó sobre el suelo, se puso muy rígido y fingió estar herido, y Robutt activó la alarma de la radio haciendo acudir a un grupo de rescate de Ciudad Lunar. El padre de Jimmy castigó la pequeña travesura con una buena reprimenda, y Jimmy nunca había vuelto a hacer algo semejante.

La voz de su padre le llegó por la frecuencia privada justo cuando estaba recordando aquello.

—Jimmy, vuelve a casa. Tengo que decirte algo.

Jimmy se había quitado el traje espacial y se había lavado concienzudamente después de entrar en casa; e incluso Robutt había sido meticulosamente rociado, lo cual le encantaba.

Robutt estaba inmóvil sobre sus cuatro patas con su pequeño cuerpo de no más de treinta centímetros de longitud estremeciéndose y lanzando algún que otro destello metálico, y su cabecita desprovista de boca con dos ojos enormes que parecían cuentas de cristal y la diminuta protuberancia donde se hallaba alojado el cerebro no dejó de lanzar débiles ladridos hasta que el señor Anderson abrió la boca.

—Tranquilo, Robutt —dijo el señor Anderson, y sonrió—. Bien, Jimmy, tenemos algo para ti. Ahora se encuentra en la estación de cohetes, pero mañana ya habrá pasado

todas las pruebas y lo tendremos en casa. Creo que ya puedo decírtelo.

—¿Algo de la Tierra, papi?

—Es un perro de la Tierra, hijo, un perro de verdad..., un cachorro de terrier escocés para ser exactos. El primer perro de la Luna... Ya no necesitarás más a Robutt. No podemos tenerlos a los dos, ¿sabes? Se lo regalaremos a algún niño. —El señor Anderson parecía estar esperando a que Jimmy dijera algo, pero al ver que no abría la boca siguió hablando—. Ya sabes lo que es un perro, Jimmy. Es de verdad, está vivo... Robutt no es más que una imitación mecánica, una copia de robot.

Jimmy frunció el ceño.

—Robutt no es una imitación, papi. Es mi perro.

—No es un perro de verdad, Jimmy. Robutt tiene un cerebro positrónico muy sencillo y está hecho de acero y circuitos. No está vivo.

—Hace todo lo que yo quiero que haga, papi. Me entiende. Te aseguro que está vivo.

—No, hijo. Robutt no es más que una máquina. Está programado para que actúe de esa forma. Un perro es algo vivo. En cuanto tengas al perro ya no querrás a Robutt.

—El perro necesitará un traje espacial, ¿verdad?

—Sí, naturalmente, pero creo que será dinero bien invertido y muy pronto se habrá acostumbrado a él... Y cuando esté en la ciudad no lo necesitará, claro. Cuando lo tengamos en casa enseguida notarás la diferencia.

Jimmy miró a Robutt. El perro robot había empezado a lanzar unos gemidos muy débiles, como si estuviera asustado. Jimmy extendió los brazos hacia él y Robutt salvó la distancia que le separaba de ellos de un solo salto.

—¿Y qué diferencia hay entre Robutt y el perro? —preguntó Jimmy.

—Es difícil de explicar —dijo el señor Anderson—, pero lo comprenderás en cuanto lo veas. El perro te querrá de

verdad, Jimmy. Robutt sólo está programado para actuar como si te quisiera, ¿en tiendes?

—Pero papi... No sabemos qué hay dentro del perro ni cuáles son sus sentimientos. Puede que también finja.

El señor Anderson frunció el ceño.

—Jimmy, te aseguro que en cuanto hayas experimentado el amor de una criatura viva notarás la diferencia.

Jimmy estrechó a Robutt en sus brazos. El niño también tenía el ceño fruncido, y la expresión desesperada de su rostro indicaba que no estaba dispuesto a cambiar de opinión.

—Pero si los dos se portan igual conmigo entonces tanto da que sea un perro de verdad o un perro robot —dijo Jimmy—. ¿Y lo que yo siento? Quiero a Robutt, y eso es lo que importa.

Y el pequeño robot, que nunca se había sentido abrazado con tanta fuerza en toda su existencia, lanzó una serie de ladridos estridentes..., ladridos de pura felicidad.

Sally

Sally bajaba por la carretera que conducía al lago, de modo que le hice una seña con la mano y la llamé por su nombre. Siempre me ha gustado ver a Sally. Me gustan todos, entiendan, pero Sally es la más hermosa del lote. Indiscutiblemente.

Aceleró un poco cuando le hice la seña con la mano. Nada excesivo. Nunca perdía su dignidad. Tan sólo aceleraba lo suficiente como para indicarme que se alegraba de verme, nada más.

Me volví hacia el hombre que estaba de pie a mi lado.

—Es Sally —dije.

Me sonrió y asintió con la cabeza.

Lo había traído la señora Hester. Me había dicho:

—Se trata del señor Gellhorn, Jake. Recordarás que te envió una carta pidiéndote una cita.

Puro formulismo, realmente. Tengo un millón de cosas que hacer con la Granja, y una de las cosas en las que no puedo perder el tiempo es precisamente el correo. Por eso tengo a la señora Hester. Vive muy cerca, es buena atendiendo a todas las tonterías sin molestarme con ellas, y lo más importante de todo, le gustan Sally y todos los demás. Hay gente a la que no.

—Encantado de conocerle, señor Gellhorn —dije.

—Raymond J. Gellhorn —dijo, y me tendió la mano; se la estreché y se la devolví.

Era un tipo más bien corpulento, media cabeza más alto que yo y casi lo mismo de ancho. Tendría la mitad de mi edad, unos treinta y algo. Su pelo era negro, pegado a la